

SE SUSCRIBE
Cartagena despacho de
Liberato Montells.
Iniciaciones correspondientes
A. Saavedra.

ELECO DE CARTAGENA.

PRECIOS.
Cartagena 2 pta.
Barcelona 3 pta.
Madrid 4 pta.
Valencia 3 pta.
Bilbao 3 pta.
Sevilla 3 pta.
Zaragoza 3 pta.
Cádiz 3 pta.
Córdoba 3 pta.
Granada 3 pta.
Huelva 3 pta.
Jaén 3 pta.
Lérida 3 pta.
Murcia 3 pta.
Pamplona 3 pta.
Santander 3 pta.
Santiago 3 pta.
Tenerife 3 pta.
Vigo 3 pta.
Zaragoza 3 pta.

AÑO XX.—NÚM. 5733

14 DE JULIO DE 1880.

REDACCION, MAYOR 24.

ELECO DE CARTAGENA.

Miércoles 14 de Julio de 1880.

HORACIO.

Entre las agitaciones del brillante siglo de Augusto, en medio de aquel período turbulento de la historia romana, durante el cual, aún repentinamente tristísimo por el mundo el último suspiro de aquella orgullosa república que hundiera su altiva cabeza en el polvo para dejar libre el paso al poderoso imperio que desde la ciudad del Tiber debía dictar leyes á todos los pueblos de la tierra, se levanta noble y serena la gran figura de Horacio para cantar las glorias de Roma, fijar el carácter de su dominación é iniciar con energéticos y sentidos versos el testamento del mundo antiguo.

La literatura greco-romana, al reflejar con exactitud las convulsiones y peripecias de que fueron teatro aquellas sociedades, no bastó, á pesar de todo, para lograr unir en una historia las dos poderosas corrientes á cuyo distinto influjo se dotaron sucesivamente las razas; ciencias misteriosas, que nacieron en Homero velando inquieto la herencia de la patria griega, y se reunieron con el sombrío Tácito, como para sellar la decadencia completa del mundo romano, marcando su paso con una estela laminosa á través de la antigüedad! Fué necesario para ello el genio poderoso del esclavido hijo de la ciudad Venusio, el impetuoso Horacio, el enérgico poeta latino, cuyo nombre han agigantado los siglos al pasar admirados ante su pedestal.

Bebiendo la áurea copa, el néctar sacratísimo de la inspiración helénica, henchido su espíritu de la vida profunda que presidía al engrandecimiento de la ciudad del Tiber, entusiasta cantor de las glorias de Roma, aspirando siempre al ideal progresivo de las razas, vinculado en el estrecho recinto de la altiva reina de las naciones, Horacio lamenta con vigorosos acentos la decadencia del carácter romano, la enervante atmósfera en que se agitan los emperadores, el desenfreno de los soldados, la indiferencia de aquel pueblo aprisionado vergonzosamente por las doradas cadenas del placer, y anatematiza implacable á toda su época, perfilando misteriosa la inevitable muerte de aquella sociedad que no se basta á sí misma; muerte segura, cuadro espantoso, opacamente iluminado por los supremos destellos emanados de las ignotas regiones donde en alas de la fantasía flota libre el pensamiento humano.

El gran poeta latino demuestra en toda sus obras una tristeza pro-

funda, que no bastan á desvanecer los locos placeres con que la brinda el mundo romano; su alma, osada y melancólica, se pierde quizá un momento en los abismos del pasado, tal vez se oscurece algún tanto en medio de las sombras que envuelven las muertas civilizaciones; pero aun así, es para reaparecer triunfante y deslumbrador en las embrietas cumbres del porvenir de los siglos, después de pasar rozando los bordes del sufrimiento y de sumergirse un instante generoso en los mares del dolor.

¡Espíritu gigante, voluntad de hierro, roca fuertísima, contra la cual se estrellan inútilmente las tumultuosas olas de pasiones que levanta el mundo romano! Con los pies adheridos á la miserable tangibilidad de nuestro planeta, su alma hermosa busca ideal para la fantasía allí donde la mente se confunde vagando sin rumbo fijo por espacios saturados de eterna luz y coloreados por bellísimos horizontes de mágicas ideas; gérmenes preciosos de civilizaciones vírgenes aún, en cuyo misterioso mundo solo es dable penetrar á esos pocos seres, mártires á un nudo de la humanidad, insalvables peregrinos de la ciencia que de vez en cuando iluminan con los reflejos de su genio la sombría quietud de ese mundo egoísta y perzoso, donde como inculcadas sombras nos agitan un momento las generaciones.

En tanto el mundo romano se solazaba desecado en el circo, cuyas piedras aún guardaban húmeda la denigrante huella que dejara la ardiente lagrima del esclavo, que se retorcia impotente en el polvo, moriendo desesperado, oculto en la sombra, el sordo de aquellos emperadores; mientras el César, los magistrados, los senadores, autorizaban y aun presidían aquellas horribles hecatombes humanas en que los bárbaros aplausos del público se confundían con los ayes dolorosos de los heridos y el ronco estertor de los moribundos; donde las orgullosas damas romanas, casi desnudas, flotando en nubes de blanquísimas gasas, aspirando orientales esencias y excitando el más desenfrenado sensualismo con sus voluptuosas posiciones, se mezclaban de una manera extraña y repugnante con las hermosísimas estatuas griegas, puros esfuerzos del arte hebreo, que lejos de las floridas y serenas campiñas, donde el genio del artista las concibió, dormían en silencio al verpe arrastradas en aquel sangriento templo, erigido por la crueldad de un pueblo vencedor, hacia el cual las había empujado el viento destructor de las batallas y el huracán irresistible de los tiempos.

Roma, la soberbia heredera de las

civilizaciones antiguas, procuraba ahogar bajo el clamor de aquellas fiestas el último suspiro de libertad que flotaba penosamente en su tumultuoso recinto; pero tantos eran los elementos de vida que la ciudad del Tiber heredera de las civilizaciones que fueron, tantas y tan variadas las ideas que bullían en el seno de la sociedad romana, que para conservar el carácter peculiar y multiforme de aquella época no bastaba el dulce Virgilio, cuyo cántico tierno y melancólico, como el pensamiento de una virgen enamorada, resonaba débil como un prolongado lamento entre las poéticas ruinas de los armónicos templos griegos; no era suficiente para ello la vivísima imaginación de Ovidio, el estro del elegante que alfombró con las flores de su ingenio los hermosos paseos de Roma, y tampoco lo hubiera conseguido el delicado y puro Propertio, el hijo de Maravia, el entusiasta cantor de la supuesta Clitias, ó mejor dicho el soñador amante de Hostilia; fué preciso que el hijo de un liberto, que el vigoroso Horacio, despertara con enérgicos acentos á las orientales divinidades, al risucio Oimpo griego, á todo el mundo antiguo, de su pesado yugo, para arrojarse airado como una nube terrible sobre Roma, é incitar al pueblo á recoger altivo el cetro de la tierra, que yacía olvidado y cubierto de polvo bajo el tropo, aun vacilante, de los Césares.

La altiva musa de Horacio no se humilló nunca para entrar en el círculo convencional de la forma prescrita, donde comúnmente se desarrolla el pensamiento humano. Vaga suelta y terrible, pero acorde y perfecta siempre. Sus sátiras, más elegantes y en un todo superiores á las de su predecesor Lucinio; sus odas, sus epodos, su poema secular, sus magníficas epístolas, donde se deben admirar notables bellezas de estilo y su arte poética, henchida de sóbrias preceptos de buen gusto literario, nos dan la medida exacta del prodigioso vuelo de su genio y de la marcada acentuación que imprimió á su siglo.

Desde su encantadora mansión del Tiber á orillas del Anio, centro del talento y de la hermosura de aquella época, su mirada profunda penetraba como una maza de hierro sobre la prematuramente envejecida frente de Roma, presagiándole la agonía que para ella coluambaba en los oscuros celajes del porvenir; no se le ocultó la suerte que esperaba á la altiva reina del mundo, porque el genio, cuando no crea en los encantados dominios de la fantasía, adivina en los estrechos límites de la razón, valiéndose de esa preciosa doble vista, cuya adquisición será

eternamente un misterio para la vulgaridad.

El sabio Mecenas, el decidido protector de la literatura romana, el amable filósofo y favorito de Augusto, cuyo nombre Horacio y Virgilio pusieron agradecidos al frente de sus respectivas odas y geórgicas, fué quien con más decidido empeño procuró alcanzar la protección del César para Horacio, y como si quisiera sellar aquella inclinación misteriosa con que el hijo del liberto le atraía, moribundo, espirante ya, velados casi sus ojos por la eterna y fría sombra de la muerte, el ilustre consejero del imperio exclamó dirigiéndose al angusto vencedor de Marco Antonio, en un supremo y heróico esfuerzo: «Acordaos de Horacio tanto como de mí.»

Mecenas fué previsor; el reinado de Augusto hubiera sido incompleto á no florecer Horacio; genio como el del esclarecido poeta latino no necesitan un siglo para extinguirse; su cambio, sin embargo, los siglos no se immortalizarían en la historia de las ciencias y las artes humanas.

E. del Monte.

NOTICIAS GENERALES.

Londres, 12.

El «Daily News» publica un despacho de Pera, diciendo que Mahomed Abbeddin es favorable á la aceptación de los acuerdos de conferencia de Berlín, pero que el sultán se opone resultante de que sus razones de dignidad no le permiten acceder á ellos.

Esto no obstante, se cree que el sultán cederá al fin al consejo de sus ministros, que consideran que es de todo punto imposible luchar contra la unánime resolución de las grandes potencias.

Paris, 12.

Los fondos españoles se han presentado más flojos al abrirse la Bolsa de hoy.

Paris, 12.

Cámara de los diputados.—Se aprueba el proyecto de ley estableciendo la alcaldía central de Lyon.

Paris, 12.

Mañana son esperados en Paris otros individuos de la Commune.

Con este motivo, los intransigentes preparan nuevas demostraciones.

La que se ha hecho esta noche á Rochefort ha sido muy ruidosa.

Se anuncia la inmediata aparición del periódico de Rochefort y se añade que va á dejar atrás á la «Linterna.»

Los intransigentes están muy irritados contra el Senado.

El gobierno tomará precauciones para evitar que con motivo de la fiesta de pasado mañana se produz-